

María Sonia Cristoff

Mal de época

Prólogo de
Belén Gopegui



PESOPLUMA

Mal de época

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la editorial. Reservados todos los derechos de esta edición para el Perú.

© María Sonia Cristoff, 2017

© Pesopluma, 2019

1ª edición: octubre 2019

Serie LiteraRutas Contemporáneas / Novela

Tiraje: 500 ejemplares

Fotografía de portada: Bernhard Hosa, de la serie «Auf der Suche nach dem richtigen Bild» (2011-12)

Diagramación de interiores: Jonathan Hart

ISBN: 978-612-4416-09-5

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-14030

Editado por Pesopluma S.A.C.

Parque Francisco Graña N° 168, Magdalena del Mar, Lima – Perú

www.pesopluma.net | contacto@pesopluma.net

Impreso por Aleph Impresiones S.R.L.

Jr. Risco 580, Lince, Lima – Perú

Octubre de 2019

ÍNDICE

Prólogo	9
Epílogo	19
Uno	21
Dos	77
Tres	127

Uno

Hay alguien en aquella esquina, una mujer o una sombra, y tal vez ella, mujer o sombra, le pueda dar una clave, una pista. Hay veces en las que el más completo desconocido puede ser el mejor amigo, la única salvación. Así le pasaba por allá. Cree. Si es que se acuerda bien. Si la memoria no le falla, si la vista tampoco. Demasiados requisitos. FG se va acercando y la sombra alejando, como en un juego, como en una pesadilla, también como allá. Pasan autos, pasa gente, unas sillas avanzan sobre la vereda, unos santos de yeso se encaraman en una vidriera, una bolsa de basura también se encarama sobre otras, todas abiertas, como una profanación o no, como lo que nunca tendría que haberse dado por muerto, por descartado. Lo que FG agradece mientras avanza es que esas cosas se vayan volviendo reales, palpables, ya no más un espejismo entre las ruinas. La mujer le habla de precios, de horas y de una nación perdida. Él de nada, no quiere hablarle de nada. Ni a ella ni a nadie. Solo preguntarle por la pista, la clave, pero no llega a ese punto porque antes ella lo empuja contra una cama, una camita, un catre, y le dice que lo que más le gusta son los chicos como él, bien fresquitos y morochones, como los de su nación perdida. FG no sabe de qué le habla, pero igual se queda quieto, se ablanda, se deja hacer por un momento así se olvida de lo que pensaba cuando estaba allá, en la otra punta de la esquina. El catre es ínfimo y no hay quien pueda mejorarlo. Así le dice la mujer después, cuando termina con él, porque lo cierto es que se encargó de todo. De todo. Eso es lo que más extrañaba por allá, las mujeres que saben encargarse de todo. Estoy en la casa de mi madre, piensa de repente. Estoy en la cama de mi madre. No hay

quien pueda mejorar este catre porque todo lo que recauda se lo manda a su familia, allá en el Sur, dice la mujer. Le pregunta si alguna vez fue para allá, si conoce las montañas, los caminos de tierra y los bosques profundos. FG conoce montañas y desiertos profundos, pero no se lo dice, y en cambio le dice que viene de la guerra. Entonces ella se ríe muchísimo, se ríe como atravesada por unas convulsiones de las que se recupera para volver a reírse. Toma aire y le dice que le hace acordar a alguien, no se acuerda si a uno de los tantos que pasan por ahí o a uno que vio en una película. Después le propone otro intercambio en el que confluyen horas y plata y una serie de técnicas. No sé nada de técnicas, tampoco de tácticas, le dice FG y se arrepiente, detesta ese ánimo delator, se acurruca para no recibir el castigo pero el castigo no llega. Apenas la risa de la mujer, todavía, las carcajadas en eco. El cuerpo que se estremece como si estuviera a punto de estallar, se contorsiona. Hace tanto que no escucha a alguien reírse a carcajadas, hace tanto tiempo que el sonido lo descoloca. Lo hace tambalear, si es que tal cosa fuera posible de discernir en ese catre vencido. El eco le rebota en las paredes del cráneo, le recuerda que tiene que estar más alerta. Más alerta, más atento. Siente un dolor fuerte en la espalda, un golpe. No un golpe sino el recuerdo de un golpe. No se trata de recordar sino de hacer lo que vino a hacer, pero nadie se lo dice, nadie lo espera, nadie le da la clave, ni siquiera esta mujer en la que depositó tantas expectativas hoy allá en la esquina, esta mujer que ahora lo hunde en el catre y lo monta mientras él piensa en las ánimas que rondaban por allá, esas ánimas que lo amparaban y le hablaban al oído y le armaban una cortina de humo, un velo de vapor, un filtro a través del cual él veía las cosas con la nitidez justa, como ahora ve este torso latiente, húmedo, el torso de un bicho al que acaban de arrancarle el caparazón.

La noche está densa también afuera. Este calor sin límites, sin tregua. FG sabe de qué se trata, lo sabe bien. En ese sentido, esta ciudad no va a sorprenderlo. Que ni lo sueñe. Nunca antes había estado en Buenos Aires, ni una sola vez, y allá algunos, los pocos que hablaban, casi nadie en realidad, tal vez uno, uno sí, seguro, eso se acuerda, se acuerda de un día en el que estaba sirviendo unos fideos apelmazados a los que les había superpuesto una carne recién carneada, carne de qué no preguntan, y entonces alguien, un chico recién llegado, un pobre tipo que al tiempo nomás desapareció, al menos desapareció de su vista, un granjerito recién llegado que por el olor a comida se confundió, o se alteró o pensó que ese plato de carne que él le estaba sirviendo era algo distinto que combustible para seguir, un chico recién llegado, en fin, le preguntó si alguna vez había estado en Buenos Aires. Así nomás se lo preguntó, como si estuvieran en la barra de un bar, en una ruta haciendo dedo juntos, en un avión con azafatas en minifalda, así nomás le hizo una pregunta que nunca antes le había hecho nadie allá, porque nadie relacionaba su sobrenombre, que no era FG, con su país de origen, nadie, y mucho menos los granjeritos recién llegados, que no saben nada de nada y mucho menos nada acerca de ciudades de su país de origen, y mucho menos acerca de esta ciudad que ahora es el destino de esta misión sin clave, al menos por ahora, y que durante años, antes, había sido la ciudad innombrable, el topónimo desquiciante. Todo estallaba en su casa cada vez que alguien decía que mejor habría sido que se hubiesen ido a Buenos Aires. Todo. Durante una de esas peleas se podía caer una silla y quedar ahí tirada en medio de la cocina durante días, semanas, lo que durara el rencor, si es que alguna vez el rencor dejó de durar. A veces la frase la decía

su padre, a veces su madre. Los dos con el mismo derecho, la misma convicción durante esos años iniciales, cuando recién llegaron a ese desierto del que a su vez décadas antes se habían ido sus abuelos o sus tatarabuelos o quién sea en su familia. Mejor nos hubiéramos ido a Buenos Aires decían mientras por la ventanita puro desierto, un paisaje lunar, incógnito. De cuál de los dos había sido la idea, quién era el culpable de que hubieran ido a parar ahí. FG esperaba ansioso que se armara la pelea siguiente para ver si alguna señal de la cara, alguna frase, alguna palabra, algún gesto en los hombros, en los puños, algún grado de enrojecimiento de la cara, alguna estridencia de la voz revelaba cuál había sido el verdadero culpable. De cuál de los dos había surgido por primera vez la idea de paliar una crisis nacional yéndose al desierto. De ninguno: de los antepasados. Qué fácil. Y qué monstruosidad los antepasados, puras historias para enloquecer a los niños. Mejor nos hubiéramos ido a Buenos Aires. Mejor y olvidarse de esa emboscada. Mejor y basta con ese desierto instalado en la ventana, con todo lo que estaba ahí afuera. FG se quedaba horas adentro de esa casita nueva, horrenda, como un árbitro de box, a ver cuál de sus padres argumentaba mejor después de haber pronunciado la frase. Uno de esos misterios de las familias, una porquería total. Sus hermanas se reían de su obsesión o se perdían o se tomaban entre ellas los ejercicios de árabe y no le prestaban la más mínima atención. Estaban todos ahí, en ese lugar sórdido, con una perspectiva penosa y sin salida, sin la más mínima salida porque, eso sí quedaba claro en las peleas, sus padres habían perdido todo, absolutamente todo, y lo poco que no, lo poco que alguna vez tuvieron, lo habían vendido para volver al lugar del que sus propios abuelos o tatarabuelos se habían ido porque ya entonces no veían ahí ninguna perspectiva, nada, una muerte en vida. FG cree que lo menos que un hijo tiene

que saber es a quién se le ocurrió por primera vez embarcar a todos en un plan de muerte en vida, muerte lenta, vida muerta. Por eso aquel día, vencido, harto de sus arbitrajes infructuosos, aquel día en el que comían todos lúgubres alrededor de la mesa, lo que hizo fue pararse y decir la frase, pronunciar el topónimo maldito, y lo hizo igual que ellos, con esa carga de pesar estancado, con esa entonación pastosa. Las hermanas se rieron pero solo por un instante, una mueca de risa en realidad, porque en seguida llegó el golpe y él se dobló sobre la mesa. Después silencio absoluto, una mordaza automática en la boca de todos, el padre mirándolo con miedo, no con la conmiseración esperable del instinto paterno sino con miedo, con terror, un terror que lo desvirtuaba, lo desfiguraba, y que al día de hoy sigue deformándolo. Después de esa noche FG se fue de la casa horrenda, asfixiante, no volvió a escuchar el nombre de esta ciudad monstruo durante años, muchos, nunca durante mucho tiempo, y si algún día lo volvía a escuchar quería que fuera únicamente porque había salido de su propia boca, quería que quedara bien claro que él era único que tenía derecho a pronunciar el nombre de esta ciudad y eso es lo que le dijo al granjerito, se lo susurró al oído con la misma saliva con la que después le escupió su ración del día antes de servírsela.

FG camina hasta el cordón de una vereda. Un lugar en el que no haya tantos autos, piensa, un lugar tranquilo. Abre la bolsa y saca lo que compró para comer, las latas para tomar. Ordena las cosas en fila sobre el cordón y después se sienta, como una cosa más en esa fila, mirando él también hacia la calle. Pasan infinitos —¿setenta, dos mil?— autos por minuto. La noche no detiene la marcha de nada ni de nadie. La cantidad

de autos por minuto aumenta, y pasan tan cerca y tan rápido que se desdibujan. O al revés, se vuelven manchas, un trazo colorido que surca el espacio que tiene frente, el que dejaron libres los dos autos estacionados que lo rodean. Mejor así: se siente protegido. Un auto a la derecha, otro a la izquierda. Se da vuelta y mira hacia atrás, hacia su espalda, como si alguien, o como si una ráfaga le hubiese pasado cerca. Mira sus cosas en la fila, se asegura de que estén bien. Un auto rojo, otro azul, uno plateado, otro y otro, otros blancos, negros, más rojos y más plateados, luces, muchas luces. Por un momento esa sucesión de colores lo marea, lo sobrepasa. Alguien intenta confundirlo pintando de colores lo que debería ser neutro, un gris sin ningún resplandor. Cierra los ojos y aparece el rojo de la sangre cuando va oscureciéndose, cuando va virando al negro. La sangre cambia de color por acumulación, concluye. La sangre sobre el torso es roja, la que se acumula en el charco que se va formando alrededor de ese mismo torso ya no, ya negra, pesada, oscura, roja y negra. Abre los ojos, abre bien los ojos y, si por él fuera, no los volvería a cerrar nunca más. Dormiría con los ojos abiertos. Con esos mismos ojos vuelve a mirar hacia el costado. Las bolsas que compró en el kiosco le parecen súbitamente amigables, una especie de compañero de vigilia, de trinchera. Agarra una y la abre con los dientes, la abre como si estuviera atado de manos. Mastica y siente los ruidos amplificadas dentro de su cerebro, tan amplificadas que ya los autos, las manchas coloridas que sigue viendo pasar no se escuchan más. Cada bocado lo hace ser más consciente de sus huesos, de su cráneo, de su mandíbula. Cada bocado como si estuviera mirándose por dentro: paredes pétreas y él ahí adentro, ínfimo, o ni siquiera él, más bien un enviado, una camarita ínfima del futuro, un virus, un germen, un ojo que sabe o que no sabe pero quiere saber y por eso toma el riesgo

de sumergirse en ese entramado de arterias y glándulas, esa masa grisácea a la que llaman cerebro, esa masa que tantas veces vio esparcida sobre las piedras, sobre el desierto, tantas veces que sabe bien lo que ese ojo ahí adentro todavía no: más que a una masa grisácea, el cerebro esparcido sobre las piedras se parece a la rabia suelta de un perro enfermo.

Del *Libro inconcluso*

Hospital Saint-André. De frente lo miro, una vez que me agoto de dar vueltas a una masa de edificios alineados y vengo a dar a lo que parece ser la entrada. Me debo haber equivocado. Fachada mucho más próxima a un hospital del conurbano bonaerense que a uno francés, siglo XVI. Refaccionado en el XIX, pero igual. Casi completamente refaccionado, pero igual. El síndrome de París en Bordeaux. Chequeo dirección. Pregunto. Sí, sí. *Mais oui*, ofuscación a la francesa. Cómo no me doy cuenta de que es obviamente el Hospital Saint-André. No estoy enferma, no. No tengo parientes internados, no. Tampoco ninguna urgencia. Visitar. Quiero visitarlo. Como monumento, sitio histórico. Guarda impaciente. Qué idea más absurda escrito en su cara. Lo mismo pensé yo, anoche, cuando llegué a Bordeaux. Gastar los euros de un anticipo esporádico para ver el hospital donde internaban a Albert Dadas cada vez que volvía de una de sus fugas. Qué necesidad. Salir del escritorio para seguir contando. No lo decido yo, no lo defino yo. Camino frenética por los pasillos. A veces Dadas caminaba frenético por estos pasillos. Cuando ya había empezado las sesiones con Tissié, cuando ya había devenido caso. Caminaba por los pasillos como si no se decidiera a irse, como si el impulso entrara en coalición con el discurso de la

ciencia. A veces, pocas veces. La mayor parte de las veces el impulso ganaba la partida. Yo camino para ver dónde están los archivos con sus datos, dónde la habitación número 12 a la que lo destinaban cada vez que volvía. Pasillos largos sin llegar a ser tenebrosos. Sillas de plástico duras para esperar a los médicos atiborrados. Impresión de conurbano también en los interiores. Nadie, no me cruzo con nadie. Investigación, sí, le dije al guarda. ¿Investigación, realmente, o una pulsión con coartada? Desemboco en una especie de barcito. Olor a café quemado. Un televisor prendido allá arriba, algunas cosas dulces apesadas en envoltorio plástico descartable, como las muecas de un ahogado con bolsa de plástico. Escucho un ladrido monótono. ¿Cómo puede escucharse un ladrido en medio de estas moles de cemento, cómo puede atravesarlas?. El ladrido de uno de los infinitos *homeless* de Bordeaux, todos con sus perros, conjeturo. Vi cientos anoche, caminando por una callecita empedrada. ¿Un *homeless* internado acá adentro, y su perro que lo llama desde allá afuera? ¿O un *homeless* que ladra? No pregunto eso. Dónde los archivos, dónde la habitación 12, en cambio. Miradas fugaces de los encargados. Un café bien fuerte, escucho. Una voz cansada, la de alguien que tiene un rato entre médico y médico. Nada de hospital para ser visto, como pensé, nada de circuito turístico. Pura vida cotidiana en la que me voy inmiscuyendo. Vida de hospital, vida hospitalaria. Ian Hacking, en uno de los tantos reveses que su *Mad travelers* le hace al sopor de jerga académica, llega a decir que no le molestaría pasar sus últimos días acá, en Saint-André. Eso del hospital como extensión del hogar me suena: durante mis primeros años en Buenos Aires mero-deaba seguido el Hospital Británico del que tanto me había hablado mi médico de infancia allá en el Sur. También, entonces, un café quemado para mí. Investigación, sí. Entonces

a Dirección, que vaya a Dirección. Siga por ese pasillo, me indican, después suba tres pisos, después a la izquierda. Dos puertas. O tres, ya me voy a dar cuenta. Una gran puerta de vidrio. Y atrás Sylvie, secretaria, una mujer en sus cincuenta largos, escueta, mohín de maestra mala. Y atrás de Sylvie, un cartel escrito en pizarrita. «Pensée de jour» como título. «Si vous avez confiance en vous meme, vous inspirez confiance aux autres» como pensamiento del día. Atribuido a Goethe, que tal vez lo haya puesto en boca de algún personaje. ¿Cuál la necesidad de recurrir a Goethe cuando para eso tenemos una tía? ¿Los elegirá Sylvie y los cambiará realmente día a día? ¿Realmente no estamos en un decorado de conurbano bonaerense? Tampoco pregunto eso. Dadas, sí. Albert Dadas. Ni idea. ¿Ni idea? Ni idea. ¿Nada? Nada. El estupor de siempre trasladado a Bordeaux: lo que me quita el sueño no le importa a nadie. Me inspiro en la máxima del cartel, inspiro hondo, le resumo a Sylvie. A pesar de mi francés deplorable, el mohín va desapareciendo de su cara. De la boca: ahí estaba instalado. Una remotísima curiosidad a nivel de los ojos. Tiro de ahí, tiro. Hablo, cuento. Un paciente del doctor Philippe Tissié, que a su vez era el discípulo predilecto del doctor Pitres, director del área de Psiquiatría por entonces, Albert Pitres. Albert igual que Dadas, sí, pero no. Pitres y psiquiatra, no paciente. Googlea primero. La luminosidad a la altura de los ojos aumenta. Agarra un teléfono y ahora es Sylvie la que cuenta. Orgullo de que el hospital tenga algo más que historias clínicas previsibles, algo de eso se trasluce. Y al rato una cierta decepción también. Por lo que escucha del otro lado, que a su vez ella después sintetiza: en el hospital destruyen los archivos de los médicos una vez que pasaron los cien años, así que nada de ningún Albert por ahí, ni de Pitres ni de Dadas. Nada de ninguno.

Se tira sobre una cama que suena a resortes y se duerme o se desmaya, no le queda clara la diferencia al día siguiente. ¿Cuánto tiempo hace que está en ese departamento? ¿Una semana? ¿Cinco? ¿Dos meses? ¿Cuántas semanas hay en un mes? FG mira las paredes verduzcas abrazado a la almohada, aferrado. Desde el rincón que hace de cocina llega el ruido de la heladera y eso lo reconforta. Hay un ritmo ahí, un latido. También, a través de unos postigos desvencijados, llega algo parecido a una luz exterior. Las once, mira el reloj. Las once de qué día, pero este reloj no se lo dice. Le duelen los huesos cuando trata de incorporarse. Se vuelve a acosar. Le hace mejor dormir afuera, definitivamente, en algún parque, en alguna esquina. Pero él, en tanto conexión latinoamericana, tiene que esperar sus instrucciones ahí. Eso sí se acuerda. Se lo dijo clarito el hombre que lo trajo desde el aeropuerto. Aunque no le queda claro si ahí en la ciudad o ahí en el departamento. Y además instrucciones para qué. Para qué, para qué. Se cansa de andar por esta ciudad monstruo sin encontrar a nadie que tenga la respuesta que busca. Nadie. Ni siquiera esos otros que, como su primer contacto, se camuflan manejando taxis. Se levanta. Deja la almohada con un cierto pavor, un atisbo de vértigo. Los resortes vencidos le atraviesan el cuerpo de lado a lado. Camina tieso, como escoltado por el enemigo. En la heladera hay una cerveza abierta y nada más. Está helada y sin gas. Sin la más mínima gota de gas. La estrella contra una pared y se queda mirando cómo el líquido resbala sobre el fondo verduzco. Trata de acordarse qué más le dijo el hombre que lo llevó hasta ahí, pero otra vez la memoria se le nubla. Portazos que se cierran, eso es lo que escucha cada vez que intenta hacer memoria. Cada vez

no, pero muchas veces, la mayoría. Del hombre tampoco se acuerda la cara. Ni la voz. Solo esa frase. Que esperara las instrucciones ahí. Esa frase y las manos, las manos mientras manejaba el taxi en el que lo llevaba, eso también se acuerda. Unas manos que no parecían soportar que algo las contradijera. ¿Sabrá, sospechará que FG todavía no encontró esas instrucciones ni nada que se le parezca? ¿Tendrá llave y habrá entrado justo uno de esos días en los que él andaba caminando por la ciudad? Por algún extraño fenómeno, la cerveza que antes no tenía espuma ahora ahí, derramada en el piso, sí la tiene, una espuma menor, maloliente, una espuma como la de los ríos de meada que chorreaban allá por las paredes, por todos lados, por las paredes rancias, descascaradas, y el sargento que les prohibía ir a mear al techo, para delicadezas esperen a volver, decía, pero FG no tuvo oportunidad de comprobarlo porque no volvió, o porque para él volver no era cruzar el océano para ser tratado como un héroe sino cruzar la frontera para ser tratado como un delator. O no, ya no le queda claro. Hubo un tiempo en el que sí, ahora ya no, ahora no sabe. Cambió todas esas minucias por una misión. Aunque tampoco le queda claro en qué consiste. Se levanta y va hasta la mesada, toma agua de la canilla usando las manos como cuenco y después se moja la cabeza una vez y otra y después deja que el agua corra y entonces estira los dedos y piensa que sus manos sí son manos de alguien que soporta que lo contradigan, que soporta eso y mucho más.

Del Libro inconcluso

«Los viajes de [Albert] Dadas, obsesivos e incontrolables, eran también viajes sin rumbo fijo: menos ligados a una experiencia